

EL PODER EN EL SIGLO XXI

Felipe Sahagún

EL PODER se ha definido de muchas maneras. En política casi siempre se ha identificado con la fuerza militar, económica o social. Karl Deutsch lo define como "la capacidad de imponerse en un conflicto y de superar obstáculos"¹. Keoane y Nye ven en el poder "la capacidad... para lograr que otros hagan lo que, de otro modo, no harían"².

Pero la capacidad no lo es todo. Si no hay motivación para imponerse, se neutraliza. Si no se corresponde a los objetivos, sirve de poco o se infrutiliza. Si el poder, como señala Ortega en *La rebelión de las masas*, no se fundamenta en la fuerza moral y no es aceptado por la opinión pública, siempre será frágil³.

¿Cómo medir el poder en un mundo cambiante, en una sociedad internacional en transición acelerada como la actual?

La variable psicológica

Ninguna definición de poder es completa si no incluye los elementos morales y psicológicos, mucho más difíciles de medir que los físicos, pero más importantes para conocer la relación de fuerzas en la posguerra fría.

Un ejemplo del año 98: aunque la India justificó sus pruebas nucleares como una fuerza disuasoria mínima frente al arsenal nuclear de China, es un secreto a voces que fueron el resultado de un resentimiento profundo por la actitud de la sociedad internacional hacia dicho país. La India, como Israel, tiene armas nucleares desde hace años y no necesitaba las pruebas para demostrarlo⁴.

Las hizo para obligar al club de los grandes a admitirla en su seno y a reconocerla como uno de ellos. Si los grandes, de obra o de palabra, hubieran satisfecho esa necesidad psicológica de la India, es improbable que hoy estuviéramos lamentando sus ensayos nucleares y los de Pakistán. A pesar de todo, la bomba nuclear ha perdido y creo que seguirá perdiendo aura o importancia como emblema de poder y de prestigio⁵.

¹ DEUTSCH, Karl. *The Analysis of International Relations*. Prentice-Hall, Inc. Englewood Cliffs. N.J. 1978. Pp. 23.

² KEOANE, Robert O. NYE, Joseph S. *Power and Interdependence*. Little, Brown and Company. Boston 1997. Pp. 11.

³ Citado por ÁLVAREZ Arenas, Eliseo. "Mandar en el mundo". EL PAÍS. 9 de abril de 1998. Pp. 12.

⁴ Véase el artículo de LEWIS, Flora. "New Attention to National Status Could Make the World Safer". INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE. 10 de julio de 1998. Pp. 9.

⁵ Así lo creen los expertos de la Agencia Internacional de Energía Atómica de Viena consultados por DROZDIK, William. "Bombs Lose Allure For Most Nations". INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE. 6 de julio de 1998. Pp. 4.

Los continuos errores cometidos a la hora de medir el poder son, posiblemente, una de las principales causas de conflictos y de derrotas en la historia.

Quienes, en el siglo XVIII, pusieron el énfasis en la industria rural y en la población francesa, no comprendieron el surgimiento de Gran Bretaña como superpotencia por las condiciones de la revolución industrial. El escritor estadounidense Brooks Adams fue una excepción. Fijándose exclusivamente en el control de metales y minerales como indicador fundamental de poder en aquel momento, ya predijo la decadencia progresiva de Inglaterra y el encumbramiento de Rusia y China.

A finales del siglo XX no hace falta recurrir a malabaristas de la ciencia como Alvin Toffler para anticipar que las materias primas tradicionales y la industria pesada han perdido importancia como indicadores de poder y han sido superadas por la información, la biotecnología y los servicios. Autores como el sociólogo estadounidense Daniel Bell lo vienen anunciando desde los años sesenta.

La Unión Soviética fracasó y desapareció como imperio precisamente por no haberlo comprendido. Creó una economía caracterizada por la industria pesada y la mano de obra extensiva, las dos condiciones típicas de la segunda revolución industrial. A su vez, impuso un sistema político cerrado que impedía la absorción necesaria de información para pasar a la tercera revolución industrial y poder seguir compitiendo con Occidente, aunque sólo lo hiciera en el ámbito militar. En consecuencia, perdió la fuente principal de poder en el umbral que separa el siglo XX del siglo XXI.

Si ser una gran potencia significa estar en los clubes de los grandes, tener armas nucleares para destruir el planeta, 150 millones de habitantes y la mayor extensión territorial del mundo, no cabe duda de que la nueva Rusia es una gran potencia. La percepción, sin embargo, que la mayor parte de los observadores tiene hoy de Rusia es la de un país sin hacer, con un Estado poco estructurado, un Ejército y una Hacienda muy desequilibrados, en fin un sistema donde justicia y el derecho, como las normas de tráfico en Italia y en tantos otros lugares, son puramente indicativos.

Los EE.UU., para los dirigentes chinos, son un país frágil, inseguro y poco fiable por estar siempre dispuesto a abrazar el cambio y a adaptarse a las nuevas circunstancias, reinventándose a sí mismos. En esos factores que, para los chinos son fuente de debilidad, está, precisamente, para la mayor parte de los estadounidenses, la esencia de su poder.⁶ Todos los presidentes estadounidenses, especialmente Bill Clinton, han intentado hacer ver a los chinos que están en un error, hasta hoy sin demasiado éxito.

"En la economía global basada en el conocimiento del siglo XXI –dijo el ex presidente demócrata en su viaje más importante a Beijing al final de su segundo mandato- la apertura a nuevas ideas y la libertad política y económica de actuar a partir de esas ideas es la clave de esa virtud tan esencialmente china llamada estabilidad"⁷.

En un coloquio con estudiantes en la capital china, el 29 de junio del 98, Clinton declaraba: "Ustedes (los chinos) deberán decidir... qué significa ser una gran potencia en el siglo XXI. ¿Significa poder dominar a sus vecinos, les guste o no? ¿O significa acceder a un mercado económico fabuloso, tener una influencia cultural enorme y ser capaces de jugar un rol importante en la solución de los problemas del mundo?"⁸ Catorce años después el

⁶ FIDLER, Stephen y KYNGE, James. "Two ships passing in the night". THE FINANCIAL TIMES. 4-5 de julio de 1998. Pp. 7.

⁷ IBÍD.

⁸ Crónica de la agencia AFP. Pekín, 29 de junio de 1998.

comportamiento chino indica que, para ellos, ser una gran potencia en el siglo XXI implica las dos cosas y otras muchas.

Las pruebas nucleares en el sur de Asia y el viaje de Clinton a China nos enseñan una lección importante en el estudio del poder: de la misma manera que un Estado no es independiente porque quiera serlo -o porque se declare independiente como pretendía la OLP de Arafat entonces y pretende la Autoridad Palestina ahora-, si no es reconocido por los demás como tal, el estatuto de superpotencia, gran potencia o potencia media y pequeña no se adquiere unilateralmente y no sirve de nada mientras no es reconocido por los otros Estados, sobre todo por los más poderosos.

Poder potencial & Poder real

Es un error frecuente confundir *poder potencial* con *poder real*, como si la capacidad de hacer algo pudiera trasladarse automáticamente a la acción política. Una cosa son los recursos disponibles y otra el uso, desuso o mal uso que pueda hacerse de dichos recursos.

Los medios, si están disponibles, son un indicador adecuado del *poder potencial*, pero difícilmente nos sirven para conocer la influencia y el poder real de un actor si -por falta de voluntad, de información, de educación o de organización- el actor no utiliza esos medios para lograr los resultados deseados.

Kingslay Davis propuso en 1954 el ingreso nacional total, resultado de todas las fuerzas productivas al servicio de una nación, como el mejor índice de poderío⁹. Hasta los años sesenta, sin embargo, no se inició en serio el intento de cuantificar el poder.

Uno de los primeros y más elaborados trabajos en ese esfuerzo fue el de Clifford German, quien agrupó todos los factores en cuatro: economía, territorio, población y poder militar.

A.F.K. Organski, pocos años después, en la búsqueda de un índice similar, redujo los factores de poder nacional a tres: población, desarrollo político y desarrollo económico. Como vemos, en la obsesión científica por medir el poder se ha tendido a lo más fácil: aquello que se puede medir. Teniendo en cuenta las preocupaciones de la guerra fría, los criterios dominantes fueron los militares y macroeconómicos, sobre todo el producto nacional bruto (pnb).

No es hasta finales de los setenta cuando, impulsados por el debate sobre el nuevo orden económico internacional y los humanistas de la Administración Carter, empiezan a florecer los estudios del poder basados en criterios microeconómicos, no militares y sociales. La culminación de esta tendencia es la serie anual del *Informe de Desarrollo Humano* que empieza a publicar la ONU a finales de los 80, donde tanto o más que el pnb importan los índices sanitarios y de educación, la esperanza de vida al nacer y el reparto de la riqueza.

Todo poder es relativo

Ni en la sociedad internacional ni en las sociedades nacionales, locales y regionales que la forman manda más quien más poder tiene, aunque el poder sea un elemento imprescindible para el ejercicio del liderazgo. No hay poderes absolutos. Todo poder es relativo y está condicionado por el poder de los demás. Todo poder es comparativo y no puede sobrevivir por mucho tiempo sin, al menos, dos polos de referencia.

⁹ Citado por HOLBRAAD, Carsten en *Las potencias medias en la política internacional*. Fondo de Cultura Económica. México 1989. Pp. 95.

La desaparición de la URSS, por ejemplo, ha difuminado el único polo de referencia militar válido para medir el poder militar de los EE.UU. Uno de los problemas principales en las relaciones entre Europa y los EE.UU. desde entonces es consecuencia directa de esta unipolaridad militar sin un enemigo claro. Los enormes esfuerzos de algunos por convertir a Al Qaeda en ese enemigo en la primera mitad del último decenio no son muy convincentes, aunque han causado estragos presupuestarios e institucionales que agravaron seriamente la crisis financiera y económica en los EE.UU. y Europa desde 2007.

Washington ha sospechado siempre que, tras el fin de la Guerra Fría, París intentaba desplazar a los EE.UU. del viejo continente y de sus zonas de influencia regional. Con la desaparición de la amenaza militar soviética, principal elemento integrador de Europa y los EE.UU. durante la guerra fría, esa sospecha ha adquirido un carácter mucho más fuerte, en ocasiones rayando la paranoia.

París, a su vez, sospecha que Washington ha tratado de compensar su influencia decreciente en Europa atizando las diferencias y contradicciones objetivas dentro de Europa en el ámbito militar, prolongando artificialmente algunos conflictos como los balcánicos en los noventa, poniendo palos en la rueda de la unión monetaria y de una solución regional duradera en Oriente Medio, y adaptando la Alianza Atlántica a sus nuevos intereses.

No debemos exagerar, sin embargo, el enfrentamiento París-Washington. Aunque las negociaciones del 96-97 para la reintegración de Francia en los mandos de la OTAN fracasaran, retrasándose hasta la victoria de Sarkozy, como ha señalado Jacques Isnard, "está deliberadamente integrada en un proceso multinacional de decisiones... Todo está dispuesto para que el sistema nacional de defensa se inserte en alianzas y estructuras permanentes"¹⁰ La principal de esas alianzas, hoy por hoy, sigue siendo la OTAN, aunque en 2013 muchos la vean como la dama triste y cansada que regresa a casa sin saber qué será de ella después de un decenio de guerras sin victoria.

A su vez, esta nueva Alianza en transformación cuyo aparato civil pilotó por primera vez un español, Javier Solana, desde 1995 hasta 1999, ha ido perdiendo en los últimos años su viejo rol defensivo y se ha ido convirtiendo en el instrumento principal para la gestión de crisis en Europa, en soporte principal de seguridad para los EE.UU. y para la ONU fuera de Europa, en mediador indispensable entre Occidente y la nueva Rusia, y en una máquina de fabricar consenso en el continente europeo cuando fallan todos los demás mecanismos.

Todo ello sin dejar de ser lo que siempre fue: el vínculo estratégico trasatlántico, una institución imprescindible para frenar los viejos nacionalismos francés y alemán, integrándolos en un mismo proyecto de defensa, y un sistema industrial que, hasta hoy, ha favorecido claramente a los Estados Unidos.

El general alemán Klaus Nauman, siendo presidente del Comité Militar de la Alianza, describía la organización como "una combinación de poderío militar norteamericano y capacidad regional europea" para controlar los riesgos que se presenten en su periferia sin dar la impresión de intervencionismo¹¹. Añadía algo que se viene repitiendo desde que Henry Kissinger se negó a reconocer la existencia de Europa mientras no hubiese alguien con autoridad para contestarle al teléfono en nombre de Europa: "Será más fácil impulsar el proceso de formación de consenso dentro de la Alianza si esa potencia mundial que son los EE.UU. pudiese dialogar con una Europa que hable con una sola voz".

¿La futura defensa europea, si se llega a materializar algún día, será un verdadero pilar de la Alianza o un caballo de Troya para dinamitarla desde

¹⁰ ISNARD, Jacques. "Une armée française 'otanisée'". LE MONDE. 3 de julio de 1998.

Pp. 16.

¹¹ Crónica de EFE. Viena, 22 de mayo de 1998.

dentro? ¿Alemania está con Francia, con los EE.UU. o con ninguno de los dos, aprovechando los nuevos espacios abiertos para ir ampliando un margen de autonomía que le fue prohibido tras la segunda guerra mundial? ¿Son compatibles el proyecto de Unión Europea definido en Maastrich y la solidaridad trasatlántica definida en las *cumbres* de la OTAN desde finales del 91?

Estas preguntas, que muchos se planteaban ya antes de la desaparición de la URSS, han pasado a ocupar el centro del debate desde entonces.¹²

No existen poder estáticos

Ningún poder es estático. Ningún poder puede congelarse bajo una campana de vacío y preservarse indefinidamente. Tiene que alimentarse y crecer o se debilita y acaba muriendo. Esto sirve para los Estados, las organizaciones, las empresas, los grupos y los individuos.

El factor fundamental que determina el poder de un pueblo, de una nación o de un país varía con el tiempo. La población, en el pasado fuente indiscutible de poder, hoy es un factor secundario y, con frecuencia, genera más debilidad que poder, pues a la población hay que alimentarla.

Si repasamos con atención las causas que, en opinión del historiador Paul Kennedy, explican el auge y la caída de los grandes imperios en los últimos 500 años, las dos claves para conocer la evolución de las grandes potencias en el futuro son:

1. La relación entre su percepción de la amenaza y la seguridad, y los medios de que dispongan para responder a ella. Si la relación es equilibrada, será un imperio estable o en auge; si no, será un imperio en declive.
2. La base tecnológica y económica de su poder frente a las siempre cambiantes tendencias de la producción global.¹³

De acuerdo con estos principios, la URSS fracasó como proyecto imperial por su incapacidad para equilibrar ambas ecuaciones. Por las mismas razones, los EE.UU. sólo conservarán su privilegiado estatuto actual de superpotencia si reequilibran la relación entre gastos militares y recursos disponibles, y si mantienen sus actuales ventajas respecto a China, India, Japón y Europa en tecnología, comercio y producción económica.

A quienes vieron en la fulminante victoria estadounidense contra Irak en el Golfo, a comienzos de los noventa, una prueba de que la superpotencia estadounidense es completamente diferente de imperios anteriores, Paul Kennedy les recordaba los numerosos hábitos de imperios anteriores en decadencia que Washington se ha empeñado en imitar: la posesión de ejércitos, bases y flotas por todo el mundo para poder actuar de policía, el aumento incontrolado de la deuda, la negligencia ante necesidades básicas de buena parte de su población...¹⁴

Con el fin de la Guerra Fría, el despliegue militar estadounidense en el mundo no se ha debilitado, todo lo contrario, aunque el número de soldados y

¹² ROSE, Francois de. "OTAN. Inutile psychodrame". LE MONDE. 10 de julio de 1992. Pp. 2. En este artículo, De Rose responde de forma tranquilizadora a casi todas estas preguntas. Considera imposible que la UEO actúe de forma contraria a la OTAN. Como tantos otros atlantistas, considera necesario, para evitar más suspicacias, que Francia vuelva a ocupar el puesto que abandonó De Galle en el Comité de Planes de Defensa, el Comité de Estado Mayor y, sobre todo, el Consejo Atlántico. Los resultados de la *cumbre* de Berlín, en el 96, y de la *cumbre* de Madrid, en el 97, parecen darle la razón.

¹³ KENNEDY, Paul. *The Rise and Fall of the Great Powers*. Random House. New York 1987. Pp. 514.

¹⁴ KENNEDY, Paul. "A declining empire goes to war". THE WALL STREET JOURNAL. 25-26 de enero de 1991. Pp. 8.

de armas en bases extranjeras se ha reducido en respuesta al desplazamiento geográfico de sus prioridades, a las guerras en Oriente Medio, Asia y África, y a la crisis de la deuda.

El gasto anual en armas del Pentágono descendió casi un 70 por ciento desde mediados de los ochenta hasta finales de los noventa,¹⁵ pero el presupuesto global dedicado a la defensa, las operaciones encubiertas, las maniobras militares y las misiones de unidades especiales no ha dejado de aumentar. Con Geroge Bush hijo, entre 2011 y 2008, los gastos en defensa de los EE.UU pasaron de unos 300.000 millones de dólares anuales a más de 600.000.

Lo que es peor: la mayor parte de esta actividad está teniendo lugar al margen y de espaldas al Congreso, sin ningún control del Capitolio y, con frecuencia, en contradicción con la diplomacia oficial del departamento de Estado.

Las fuerzas especiales estadounidenses -Boinas Verdes, los SEALs de la Armada y los cuerpos especiales de la Fuerza Aérea- establecieron en los años 90 relaciones directas para maniobras, entrenamientos de ejércitos locales, programas antiguerrilla o antiterroristas con al menos 110 países¹⁶ y, para sus intervenciones en Afganistán e Irak, a partir de 2001, intensificaron ese proceso de expansión.

Más de cien países han renovado o establecido *ex novo* relaciones militares con los EE.UU. en los últimos veinte años, en casi todos los casos con cesión de uso de bases. El Tercer Grupo de las Fuerzas Especiales, con base en Fort Bragg, Carolina del Norte, por ejemplo, lleva años entrenando a soldados ecuatoguineanos en planificación operativa, tácticas de guerrilla, navegación terrestre, reconocimiento y medicina. En Colombia los programas de entrenamiento secretos nunca se han interrumpido a pesar del embargo oficial decretado por Clinton contra el Gobierno Samper.

Cualquier año fiscal podemos comprobar intervenciones de miles de soldados estadounidenses de unidades especiales en países de Latinoamérica y Caribe. Cualquier día del año, hay al menos 250 oficiales estadounidenses en programas de entrenamiento en 15 países del hemisferio occidental, según el U.S. Southern Command, con sede en Miami, responsable de las actividades militares de los EE.UU. en Latinoamérica¹⁷.

Superpotencias, grande, medias y pequeñas

De acuerdo con su poder, los Estados aparecen divididos en casi todos los manuales de relaciones internacionales en superpotencias, grandes potencias, potencias medias y potencias pequeñas. La mayor parte de los ya más de 200 Estados independientes ni siquiera entran en el apartado de pequeñas potencias.

Los requisitos necesarios para incluir a un Estado en una categoría u otra de potencias varían también con el tiempo. Durante la Guerra Fría, se generalizó la idea de que existían sólo dos superpotencias -los EE.UU. y la URSS- porque sólo se tuvieron en cuenta criterios militares y cuantitativos: ser potencias nucleares, ser miembros permanentes del Consejo de Seguridad, dirigir alianzas militares, disponer de medios para desplegar fuerzas suficientes en cualquier punto del planeta y capacidad para asegurar la victoria simultáneamente en, al

¹⁵ NICOLL, Alexander. "A takeover too far". FINANCIAL TIMES. 30 de marzo de 1998. Pp. 13.

¹⁶ PRIEST, Dana. "A Fuzzy Role for U.S. Military". INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE. 13 de julio de 1998. Pp. 9.

¹⁷ FARAH, Douglas. "Shadowy U.S. Troop Training Operation Spreads Across Latin America". INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE. 14 de julio de 1998. Pp. 6.

menos, dos conflictos regionales y uno local (estrategia del Pentágono), alcanzar un producto interior bruto determinado, etcétera.

La carencia de graves aviones de transportes, indispensables para cualquier intervención militar masiva como la que se propuso sin éxito para Ruanda en el 94, ha limitado mucho la capacidad de respuesta europea a crisis regionales o humanitarias como la de los Grandes Lagos. Europa está tratando de superar esa limitación de dos maneras: construyendo en el consorcio *Airbus* un nuevo avión, bautizado provisionalmente con el nombre de FLA (Future Large Aircraft) o comprando modelos ya probados.

El acuerdo alcanzado por el canciller alemán, Helmut Kohl, y el presidente de Ucrania, Leonid Kuchma, en Bonn a finales de mayo del 98 para estudiar las posibilidades de adquirir varias unidades del avión de transporte militar ruso-ucraniano *Antonov 70* fue sólo una solución temporal¹⁸, pero una vez más difieren los intereses de Francia, Alemania y el Reino Unido.

El poder y la influencia atribuidos a las armas nucleares, además de no corresponderse a la realidad, han tenido un efecto destructivo. No se ha tenido en cuenta que un número creciente de países dispone de medios técnicos y humanos para hacerse con armas nucleares de forma rápida. Tampoco el despilfarro de recursos que supone el mantenimiento de un arsenal militar creíble y disuasorio.

Según un estudio patrocinado por la *Brookings Institution* entre el 94 y el 98, los EE.UU. habían invertido al menos 5.480 billones de dólares desde 1940 y ni el Congreso ni el Presidente ni las Fuerzas Armadas estadounidenses habían tenido en todos esos años una idea clara de lo que se estaban gastando. La cifra, calculada en dólares del 96, representaba una tercera parte de todos los gastos militares estadounidenses y un 10% de todos sus gastos federales entre 1940 y 1996.

Sólo los gastos militares no nucleares y en la seguridad social, según el informe, superaron a los gastos nucleares en ese período¹⁹. El estudio, titulado *Atomic Audit: The Costs and Consequences of U.S. Nuclear Weapons Since 1940*, se publicó el 30 de junio del 98.

En sus reflexiones sobre la potencia de Francia, Jean Chesnaux prescinde del estatuto de superpotencia y distingue sólo grandes potencias mundiales, grupo en el que tras la Guerra Fría estarían los EE.UU. y potencias mundiales medias, grupo en el que incluye a Gran Bretaña, Francia, China y Rusia²⁰.

Para justificar esa clasificación, en el caso de Francia, utilizaba entonces los criterios siguientes: presencia activa en ultramar, existencia de más de 40 millones de francófonos y de millón y medio de franceses en el extranjero - muchos de ellos con responsabilidades de alto nivel-, arsenal militar importante, nivel de desarrollo tecnológico y científico alto o muy alto, gran influencia en partes de África por medio de la zona del franco (hoy euro compitiendo con el dólar), la influencia del idioma y de sus bases militares, y numerosas intervenciones diplomáticas y/o militares más allá de sus fronteras en defensa de sus intereses.

Ser una potencia mundial media, en la terminología de Chesnaux, puede ser una fase transitoria entre el estatuto de superpotencia o gran potencia mundial y el de potencia media o pequeña o exactamente a la inversa. ¿Rusia sigue en fase descendiente o empieza a recuperarse de nuevo? ¿Francia,

¹⁸ NORMAN, Peter. "Bonn, Kiev press aircraft study". FINANCIAL TIMES. 1 de junio de 1998. Pp. 2.

¹⁹ WALD, Matthew L. "Adding Up the Bill for Nuclear Arms". INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE. 2 de julio de 1998. Pp. 3.

²⁰ Ver artículo de GAUSSEN, Frédéric. "La France dans le monde". LE MONDE. 10 de julio de 1992. Pp. 2.

Alemania y Gran Bretaña han alcanzado su techo de poder tras la milagrosa recuperación de posguerra o pueden seguir fortaleciéndose todavía más? ¿El crecimiento espectacular de China en los últimos veinte años la convierte en una superpotencia de segunda categoría, en solitario, tras los EE.UU.? ¿En qué medida la crisis económica desde 2007 en Europa y en los EE.UU. ha trastocado estas categorías?

El sueño de Delors y la razón de Europa

Jacques Delors justificó la necesidad del mercado interior europeo en los años 80 y la unión monetaria diseñada en los 90 con un objetivo esencial: poder competir con los EE.UU. y Japón (entonces nadie se imaginaba lo que llegaría a representar China en veinte años) en igualdad de condiciones, crear desde la integración el espacio económico y estratégico necesario para llegar a tener el poder y la influencia que, por separado, ningún Estado nación europeo podía tener a finales del siglo XX. Los principales procesos de integración regional, como Mercosur, tienen en su origen la misma motivación.

La multiplicación de actores, la porosidad de las fronteras físicas, la creciente facilidad de acceso a la tecnología más avanzada y la complejidad de los llamados desafíos globales han reducido sustancialmente la capacidad relativa de todos los Estados para alcanzar o imponer sus metas por separado. El crecimiento acelerado de los intercambios internacionales intensifica la dependencia y reduce la autonomía. El resultado es una disminución relativa del poder estatal y la necesidad creciente de organizaciones supranacionales.

A finales del siglo XVIII había unos 35 imperios, reinos, países y estados. En la segunda guerra mundial había unos 70. A finales de los años sesenta, la cifra se elevaba ya a más de 130. En 1990 eran ya unos 170. Hoy, tras el desmembramiento de la URSS, de la antigua Yugoslavia y de Checoslovaquia, son ya más de 200. Se puede discutir si los nuevos estados se comportan mejor o peor que los imperios o federaciones que sustituyeron. Casi todos, viejos y nuevos, se han fundado en principios de exclusión como la nacionalidad, la religión, la cultura, la etnia, el idioma, la historia o, lo que es peor, la fuerza.

Equiparar, como se ha hecho y se sigue haciendo, libertad individual y derecho de cada nación a su propio estado ha dado a luz magníficas declaraciones de ideales como los Catorce Puntos de Woodrow Wilson o la cruzada contra los viejos imperios europeos de Franklin D. Roosevelt y Harry Truman.

Todos ellos creyeron que, eliminando los imperios, se acababa con la causa principal de las guerras. Ninguno de ellos consideró tampoco imperialista la conquista por los EE.UU. de las colonias europeas primero en Norteamérica, después en el Caribe y el Pacífico, y posteriormente, vía comercial y cultural, en el resto del mundo. El resultado ha sido la sustitución de un modelo imperialista por otro²¹ y la multiplicación de conflictos intraestatales o civiles.

Toda organización política es, en esencia, un acuerdo o acomodación de unos seres humanos a circunstancias cambiantes. No importa la duración, permanencia o carácter cuasi-sagrado que el Estado ha llegado a tener. Nunca dejará de ser tan artificial y temporal como la voluntad, el interés y la capacidad de los seres humanos que lo habitan para mantenerlo.

Lo que puede percibirse en la historia europea de las últimas décadas es una tendencia paralela y constante hacia unidades cada vez más grandes - organizaciones supranacionales o transnacionales- y más pequeñas -las regiones, las autonomías, los lander- que reclaman parcelas cada vez más

²¹ GELB, Leslie. "These Smaller Pieces Aren't Better Places". INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE. 6 de julio de 1992. Pp. 4.

importantes de influencia, poder o soberanía y, a la vez, una disminución gradual de la vieja soberanía que puede ejercer cada unidad del conjunto. Ambas tendencias, en cualquier caso, debilitan los viejos estados nación.

Si fuera cierto lo que piensa Leslie Gelb, no hay por qué preocuparse. "Los nuevos y pequeños estados nación no han resultado más democráticos ni pacíficos que los viejos imperios", escribía a finales de los noventa.

La estadística le da la razón: "El número de guerras en los últimos 30 años ha sido de 30 a 50 por año. Muy pocas de las antiguas colonias han llegado a ser democracias constitucionales (más que en el nombre)... Las elecciones no han mejorado la situación en casi ningún sitio".²² Al contrario, han legitimado en el poder a dictadores sin escrúpulos y, como muestran los sucesivos informes de Amnistía Internacional, casi nunca han mejorado el respeto de los derechos humanos.

Deducir de todo ello que el retorno de los nacionalismos o la ruptura del imperio exterior e interior soviético son modelos que alumbran el siglo XXI puede ser precipitado. La democracia, como señala Robert Cooper, puede contribuir tanto a la desintegración de los estados, al facilitar la exigencia de independencia o autonomía por las minorías nacionales, como a la integración cooperativa.²³ Ambos procesos están coexistiendo en Europa Occidental en los últimos decenios.

La irradiación de libertades democráticas es, de hecho, uno de los tres efectos más positivos que la Unión Europea y sus antecesoras -la Comunidad y las Comunidades- han tenido desde su fundación. Los otros dos son la estabilidad y la prosperidad en su países miembros. ¿Sobrevivirán a la presente crisis económica si no se avanza hacia la integración con una unión económica, bancaria y política plana?

La tendencia creciente a interferir en los asuntos internos y el imparable desarrollo tecnológico -sobre todo en los sectores aeroespacial, de las telecomunicaciones, de la genética, de la informática, de los nuevos materiales y de la inteligencia artificial- apuntan en el sentido contrario. Salvo un cataclismo planetario, natural o humano, parece inevitable una obsolescencia creciente del estado nación a medida que nos adentremos en el siglo XXI. Lo que no está tan claro, sin embargo, y menos con una China crecientemente activa en todo el planeta, es el nuevo modelo dominante.

Strobe Talbott, siendo todavía corresponsal diplomático del semanario TIME, antes de convertirse en el número dos del departamento de Estado al llegar a la Casa Blanca su ex compañero de universidad Bill Clinton, apostaba al final del camino por un concepto acuñado a mediados del siglo XX: la del ciudadano del mundo. "Todos los Estados acabarán reconociendo una autoridad global y única", escribía.²⁴ Basta leer *Walter Lippmann and the American Century*²⁵ para desconfiar de este tipo de predicciones. Se han hecho demasiadas veces en el pasado y siempre han resultado equivocadas.

²² IBÍD.

²³ Véase artículo de LEWIS, Flora. "A Strategy for the Democracies". INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE. 3 de julio de 1998. Pp. 6.

²⁴ TALBOTT, Strobe. "The Birth of the Global Nation". TIME. 20 de julio de 1992. Pp. 54.

²⁵ STEEL, Ronald. Publicado por Vintage Books, división de Random House. Nueva York 1981.